

por nosotros pecadores. Amen. Los Franciscanos que, dignos hermanos de los frailes de santo Domingo, siempre han sido devotísimos de la Virgen, pusieron las últimas palabras: *Ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Antes del año 1508 en ningun lugar se encuentra el *Ave María* con la segunda parte con que ahora la rezamos los cristianos; más tarde, pocos años despues del citado, fué apareciendo en los Breviarios de las Ordenes religiosas antedichas y de otras; de manera que una buena parte de los Institutos regulares, que adornan la Iglesia católica, han contribuído á levantar el gran monumento á la gloria de María, cuyo plan trazó, ilustrado por luces celestiales, el incomparable Domingo de Guzman (1).

(1) Ferraris. V. *Salut. angel.*



## CAPÍTULO V.

### La «Salve Regina.»

#### § I.

**I**NMEDIATAMENTE despues del Rosario suele rezarse ó cantarse la *Salve*. Esta piadosa costumbre tiene su fundamento en la liturgia de la Iglesia católica, que manda decir tan devota antifona ó himno, durante la mayor parte del año, á todos los que vienen obligados al rezo del Breviario, al acabar las Horas canónicas. El origen de la *Salve* no consta de una manera cierta; dijeron algunos antiguos escritores que su autor la habia aprendido de oírla cantar á los ángeles; mas lo indudable es que está empapada de una tierna y angélica devocion, y que su autor

debía vivir en muy íntima comunicacion con los espíritus celestiales. Según la más probable opinion, la compuso el beato Hermann, monje benedictino del siglo XI, hombre rudo y sin letras, que por intercesion de la Virgen logró una erudicion suma, que empleó principalmente en componer devotos cánticos en honor de su celestial Bienhechora. Tambien fué atribuída á san Bernardo; mas en lo que casi todos convienen es en que el glorioso Abad de Claraval añadió al cántico sus últimas y más tiernas palabras. Estaba en Alemania con el carácter de delegado pontificio, y un día entró en la Catedral de Spira, en ocasion en que los canónigos, al concluir la celebracion de las Horas canónicas, cantaban la *Salve*: el dulcísimo amante de María quedó sorprendido por un repentino y sobrenatural éxtasis, y el rio de tierna devocion que inundaba su espíritu le salió por la boca pronunciando, fuera de sí, aquellas exclamaciones: *Ob clemens, ob pia, ob dulcis Maria!* El clero de aquella iglesia grabó sobre lápidas de mármol, en letras de oro, estas benditas palabras, y la Iglesia universal las añadió al final de la *Salve Regina*.

El uso de la *Salve* comenzó á extenderse por Francia y Alemania, hasta que por fin, en 1250, el Papa Gregorio IX la aprobó canónicamente, la extendió por todas las iglesias del mundo, y mandó añadirla al fin de las principales Horas canónicas. Entonces vino á ser el cántico favorito de los cristianos; los monjes y frailes la cantaban todas las noches antes de acostarse, y en la Orden de Predicadores lo hacian en procesion con velas encendidas; los navegantes y en particular los náufragos la cantaban al son de las embravecidas olas, singularmente en sus apuros y peligros; y Martin de Azpilcueta refiere que en su país se la conocia con el nombre de cancion de los marineros. El Catecismo del Concilio Tridentino exhorta á los párrocos á que sean asiduos en hacerla cantar ó recitar en sus iglesias, con las siguientes palabras (1): «De consiguiente nosotros los desterrados hijos de Eva, que habitamos este valle de lágrimas, invoquemos constantemente á la que es Madre de misericordia y Abogada del pueblo fiel, para que ruegue por nosotros pecadores, implorando con esta oracion

(1) Part. IV, cap. v, núm. 8.

su socorro; pues sería cosa impía y malvada dudar de que los méritos de Nuestra Señora son grandes delante de Dios, y de que la misma tiene una firme voluntad de ayudar al linaje humano.» De aquí que la dulce melodía de esta piadosa plegaria resonase, al anochecer, bajo las misteriosas bóvedas de casi todas las iglesias cristianas, así de religiosos como parroquiales, en todos los días del año, antes que la impiedad moderna hubiese devastado el florido campo de la piedad católica. Los Sumos Pontífices la enriquecieron con indulgencias; los Doctores católicos la ilustraron con profundos y elocuentes comentarios, los más famosos predicadores, entre ellos san Bernardo, la explicaron á los pueblos con unción celestial, y los poetas la parafrasearon en verso y en prosa, sobresaliendo entre ellos el meliflúo san Buenaventura, de quien es la siguiente paráfrasis.

## § II.

Paráfrasis de la «Salve Regina» (1).

Quando quiera saludar á la Virgen, ante todo contemplaré su grandeza, imaginándome que la veo colocada en el trono sublime que le corresponde por ser Madre de Dios, y al lado mismo de su divino Hijo. Admirado, pues, de la magnificencia de nuestra Madre, digo con devoción y reverencia: *Salve, Regina*. Bajo tu amparo y guía, Señora, quiero de aquí en adelante combatir: del todo me sujeto á tu dominio para que gobiernes todas mis cosas, pues si alguna quisiese reservar á mi torpeza, vendría al último á perecer miserablemente.

(1) Es un fragmento del capítulo XIX, parte III del *Estímulo del amor*, que está entre los opúsculos de san Buenaventura. Lo trasladamos aquí tal como se encuentra en la obra *De laudibus B. M. V.*, tomo III, página 1675; en la edición de las obras del Doctor seráfico, *Moguntia... anno 1609*, hay la misma exposición ó paráfrasis, pero mucho más ampliada.

Lleno estoy de miseria desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los piés, y aún como deshecho y corrompido; soy un sér hediondo y horrendo, ¿y te dignarás Tú regirlo, nobilísima criatura? Mas Tú eres *Reina de misericordia*, y ¿quiénes son los súbditos de la misericordia sino los miserables? Eres en gran manera solícita de los miserables; á los tales adoptaste por hijos, á ellos quieres regir como Señora: de aquí que seas llamada *Reina de misericordia*.

Contigo, Señora, en todo caso, queremos consolarnos, vivir unidos contigo, y abrazarte con las entrañas de nuestro espíritu, porque tú eres *vida*. Verdaderamente *vida*, porque venciste la muerte de la soberbia y nos alcanzaste la vida de la gracia. ¡Oh vida ciertamente amable, vida deseable, vida deleitosa! ¡Oh vida que á los tuyos mantienes con celestiales alimentos! El que quiera gozar de tal vida, que se mortifique, que rechace las delicias sensuales, que desprecie las cosas delicadas del mundo; quien más se mortificare más la poseerá.

II.—*Dulzura*. Verdaderamente dulzura, que alcanzando la gracia expeles la amargura del pecado; que adquieres la dulzura de

la gracia; que has introducido á la suavidad de la patria celestial á los dichosos que de ella gozan. ¡Oh dulce Señora, cuyo solo recuerdo endulza los afectos, como la contemplacion de tu grandeza eleva la mente, cual hermosura regocija la vista interior del alma, y cuya amenidad inmensa embriaga el corazon del que medita! ¡Oh Señora, que con la dulzura arrebatas los corazones de los hombres! ¿por ventura no arrebataste tambien el mio? ¿En dónde, dime, lo pusiste para que pueda encontrarle? ¡Oh robadora de corazones! ¿cuándo me restituirás el mio? ¿por qué así robas los corazones de los sencillos? ¿por qué haces violencia á los amigos? ¿quieres, tal vez, quedarte mi corazon para siempre? Al pedirte me sonries, y entonces descanso embebido y como adormecido con tu dulzura. Al volver en mí, otra vez lo pido, mas Tú me abrazas dulcemente, y al momento quedo ebrio de tu amor, y entonces no distingo mi corazon del tuyo, y no sé pedir el mio, sino el tuyo. Mas, ya que mi corazon está así embriagado de tu dulzura, gobiérnalo con el tuyo; guárdalo de corrupcion rociándolo con la sangre del Cordero, y colócalo en el costado de tu Hijo.

Entonces alcanzaré lo que pretendo y poseeré lo que espero, porque Tú eres *Esperanza nuestra*. Esperen, de consiguiente, en Ti, los que han conocido tu nombre, porque á los que te buscaron, Señora, nunca abandonaste. Ciertamente los que esperan en Ti adquieren fortaleza; toman alas como de águila, vuelan y no se cansan. ¿Quién no esperará en Ti, Tú que hasta á los desesperados ayudas? Estoy cierto que si acudimos á Ti encontraremos lo que buscamos. En Ti, pues, espere el que se desespera; el que desfallece recurra á Ti.

III.—*Salve*. ¿Quién podrá prohibirnos que te saludemos, ya que de tal manera eres nuestra vida, dulzura y esperanza? *Salve*. Si eres Reina nuestra, ¿quién podrá impedirnos que te reverenciamos? Primero te saludamos, Señora, para por tu medio solicitar la gracia; despues para alcanzar la gloria. *A Ti*. A Ti, la única que engendraste un Dios, la única que destruiste toda la maldad herética; á Ti que nos levantas de las heces del pecado, que nos consuelas al gemir en nuestras cunas, que das tu pecho á los hambrientos niños, *Clamamos*. ¿Cómo no clamar, Señora, si tenemos heridas, si su-

frimos llagas y estamos rodeados de enemigos? Clamamos llenos de angustia y oprimidos bajo infinitas miserias. Clamamos á Ti por las ansias del corazon, por la debilidad del cuerpo, por lo acerbo del dolor y acaso tambien por la inmensidad del amor. ¿Por qué, Señora, no te apresuras? Levántate y vén en nuestro auxilio. Además, clamamos para manifestar nuestra necesidad, que nos obliga á clamar: ¿Por qué todavía nos afliges? Si aún tardares enronqueceré clamando, se extinguirá mi voz, y ya jamás podré levantar á Ti mi grito. ¡Ay de mí! Y entonces ¿qué haré sin que me puedas atender ni oír? Presto, Señora, presto socorre al que á Ti clama, para que no venga á caer en manos del enemigo; corre, Señora, apresúrate, y da tu perdon y auxilio al siervo malvado é infiel que á Ti clama, librándolo del poder y de las asechanzas de tu enemigo. Aun cuando no sea por otros motivos, sólo porque tu enemigo, Señora, astutamente se atreve á atacar á los siervos, debes prontamente socorrernos. Corre, pues, y libranos, Señora, y abate y reprime su soberbia; apresúrate, no sea que digan: ¿En dónde está la Señora de ellos, en cuya clemencia tanto confiaban?

IV.—No te admires, Señora, de que levantemos nuestra voz, porque estamos muy lejos de Ti. En apartadas regiones hemos disipado nuestra herencia, y por esto *á Ti clamamos los desterrados*. Desterrados de la patria, desterrados de la vista de Dios, y ojalá no fuésemos emigrados de la gracia y desterrados del maternal consuelo. ¡Oh alma! ¿por qué no te partiste del cuerpo antes que separarte de tu Señora? ¡Ay de mí! ¿Por qué fui relegado á un tan largo extrañamiento? ¡Oh Señora! mientras aquí estuviéremos haznos verdaderos emigrados; no sea que, apegándonos á lo presente como á patria, dejemos de buscarte á Ti y á tu Hijo: haz, sin embargo, que seamos desterrados en cuanto al cuerpo, pero conciudadanos tuyos en cuanto al espíritu. *Hijos de Eva*. En realidad hijos de Eva; soberbios, petulantes, ambiciosos, avaros, glotones y carnales, desobedientes, y, en una palabra, en todo secuaces de la misma Eva, fáciles para el mal, torpes para el bien; y si acontece que engendramos algun buen propósito, al sacarlo á luz, como ella en sus partos, sentimos angustias y dolores. Obramos el mal con placer, y no nos contentamos con hacerlo nos-

otros solos, sino que como Eva convidamos á los demás; como ella excusamos nuestros defectos, ó cuando menos, si nos es posible, los achacamos á los otros. Más nos gusta atesorar lo vil con angustias y trabajos, que de una manera fácil y dulce gozar de la Señora de la gloria. De seguro que ya estaríamos en lo más hondo del infierno, á no haber mediado tu poderoso auxilio.

V.—No nos excusa el que seamos más semejantes á Eva que á Ti; y por esto *á Ti suspiramos*. Suspiramos la ausencia de tan buena Madre, anhelando, Señora, venir á Ti: *á Ti suspiramos* traídos del deseo de ver á tu Hijo. Ebrios interiormente de tu amor, fuérganos éste á suspirar á Ti. Para todos eres amable, afable, deliciosa; asiento de la sabiduría, rio de clemencia, rayo de la Divinidad que á todos calienta. ¿Quién, pues, habrá, Señora, que á Ti no suspire? Suspiramos de amor y tambien de dolor. Estamos cercados de angustias. ¿Cómo, pues, no hemos de suspirar á Ti que eres solaz de miserables, refugio de desterrados, libertad de cautivos, reina de los combatientes, señora de todos, áun de los enemigos, sin que nadie pueda resistir tu voluntad? Por esto los

afligidos, por esto los miserables clamamos á Ti: *Gimiendo y llorando en este valle de lágrimas*. ¡Ay Señora! ¿No nos ves empapados de amargura? Gime el espíritu y lloran los ojos mientras estamos en este lugar de lágrimas; gemimos cargados de pecados; lloramos aplastados de molestias, provistos de toda suerte de miserias; habitamos un valle de lágrimas y reclamamos tu socorro. No sé qué más decir ni cómo ponderar todo lo malo que encierra este valle.

VI.— *Ea, pues, abogada nuestra*. ¡Oh clemencia del Salvador, digna de toda alabanza, que tan noble defensa te dignaste dar á los afligidos! Estemos seguros de que te compadecerás de los miserables, y que inclinarás la sentencia en favor de la parte que defiendes, para que así puedas enseñarnos aquella inmensa gloria que tu vientre alumbró. Sólo, pues, falta, Señora, que vuelvas á nosotros tus ojos misericordiosos. *Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos*. Sin duda, Señora, que si miras nuestras miserias, al momento sentiremos los efectos de tu misericordia. Con los dulces y admirables rayos de tus ojos nos provocas al amor, y nos conduces á se-

gura salvacion, librándonos de las envenenadas y seductoras miradas de la serpiente del mal. ¡Oh envenenados ojos de Eva! ¿Por qué no os presentais ante los ojos de la Virgen los que quereis alcanzar segura curacion? Pues la luz de sus ojos disipa las tinieblas, ahuyenta las diabólicas catervas, purifica la mente de vicios, enciende los corazones más helados, y por último, atrae hácia las cosas celestiales. Dichosos aquellos, Señora, que tus ojos miraron; por lo cual, Señora, esos tus ojos vuélvelos á nosotros. *Y despues de este destierro muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre*. ¡Oh vientre admirable que contuvo al Salvador! ¡Oh vientre por siempre alabado que mereció recibir al Redentor! ¡Oh vientre apetecible de donde manó el encendido deseo de los espíritus, el rio de las gracias, el premio de la gloria! ¡Oh vientre amable que endulzas el alma, elevas la mente, embriagas el corazon y curas del pecado! Tu fruto, oh Señora, es fruto bienaventurado desde su principio. Es Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Es el Señor Dios, nuestro Salvador. *A este Jesús, fruto bendito de tu vientre, muéstranos despues de este destierro*, para que viéndole le poseamos,

viéndole seamos felices. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce María! ¡Oh clementísima para los necesitados, piadosa para los suplicantes, dulce para los amantes! ¡Oh clementísima para los penitentes, piadosa para los trabajados, dulce para los contemplativos! ¡Oh clementísima libertando, piadosa socorriendo, dulce á Ti misma dándote! ¡Oh clementísima cuando consuelas, piadosa cuando acaricias, dulce cuando besas! Eres clementísima para tus siervos, piadosa para los ya corregidos y dulce á los muy queridos. Amen.



## CAPÍTULO VI.

### La Letanía lauretana.

**L**A palabra letanía viene de un vocablo griego que significa súplica ó rogativa; pero súplica formal, ordenada, repetida y entre sí concorde. Son, pues, las letanías, una serie de súplicas con las cuales rogamos á Dios; por lo que las llamamos tambien rogativas. Su uso en la Iglesia cristiana es antiquísimo, y remonta ya al tiempo de los Apóstoles, segun la opinion de san Ambrosio, que supone que las letanías no son otra cosa que el cumplimiento de aquel precepto de san Pablo, en su carta primera á Timoteo, en que le dice á este santo Obispo discípulo suyo: *Recomiendo, pues, ante todas cosas, que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gra-*